

Históricas Digital

Natalia Cervantes Larios

“Curiosidades de una herencia incómoda”

p. 499-510

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Curiosidades de una herencia incómoda*

NATALIA CERVANTES LARIOS
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Encontrar un vínculo con el lector, tan fuerte que lo invite a continuar la lectura, es el reto de la mayor parte de los escritores. Luis Weckmann Muñoz no sólo descubre cómo atraparlo, sino que destila el gusto por hacerlo: el lector que toma en sus manos *La herencia medieval de México* comparte con el autor el deleite por el saber.

La herencia... conjunta todos los elementos de un gran libro de historia: una propuesta metodológica ambiciosa plasmada con una pluma impecable y una argumentación coherente con los objetivos perseguidos, además de suscitar intereses variados en sus lectores. El ensayo que presento pretende ofrecer un recorrido por la obra de Weckmann y compartir las reflexiones a las que me ha conducido su lectura.

Semblanza de una biografía intelectual

Luis Weckmann nació en Ciudad Lerdo, Durango, en 1923. Su formación académica comenzó en la UNAM, donde cursó las licenciaturas de Historia y Derecho (1944, 1952) y el doctorado en Letras (1950). Estudió también un posgrado en la Universidad de Berkeley (1946-1948) y otro en la Universidad de París (1952). Según él mismo lo relata,¹ la vocación por la historia que lo acompañó desde la adolescencia se complementó a la perfección con el estudio del derecho internacional. Su doble formación de historiador y jurista impregnó desde el inicio su producción historiográfica.

Siempre se mantuvo ajeno al debate de sus contemporáneos, es decir, voltear al pasado nacional con miras a engrandecer las raíces indígenas o hacer lo mismo pero con la raíz hispana. Weckmann optó por

* Este estudio se refiere a la obra de Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2 v., presentación de Charles Verlinden, prólogo de Silvio Zavala, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1984. Las referencias a esta obra, que aparecen entre paréntesis dentro del texto, corresponden a la segunda edición revisada, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 680 p. (Sección de Obras de Historia).

¹ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comp.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, 558 p. Capítulo sobre Luis Weckmann Muñoz, p. 356-361.

aprovechar la generosidad de la disciplina e inclinarse hacia lo que a él más le agradaba: la historia universal. Este gusto pronto encontró una veta en los estudios medievales. Así, desde su primera tesis *La sociedad feudal. Esencia y supervivencia* (1944) estaba claro el trazo que seguirían sus investigaciones.

Los dos años en Berkeley le permitieron reforzar su trayectoria medievalista, pues estudió con destacados profesores ganándose su respeto y cariño, al grado que uno de ellos, el maestro Ernest H. Kantorowickz, escribió la introducción a la que fuera su tesis y que se convertiría en su primera obra importante, *Las bulas alejandrinas de 1493 y la teoría política del papado medieval: estudio de la supremacía papal sobre las islas 1091-1493* (1949). Al concluir sus estudios de Derecho, e inclinarse por el derecho internacional, el entrecruce de caminos ya estaba hecho. *El pensamiento político medieval y una nueva base para el derecho internacional* (1950) marcaba el inicio de un enfoque interdisciplinario que no abandonaría más.

Su serio avance en el mundo académico fue de la mano de un trabajo diplomático intenso. Por más de treinta años ocupó el cargo de embajador en varios países europeos y de Medio Oriente (Israel, Austria, República Federal Alemana, Irán, Italia y Bélgica) y representó a México ante diversos organismos internacionales como la ONU. Esos mismos treinta años lo llevaron a preparar la que se convertiría en su obra magna: *La herencia medieval de México*, publicada en 1984 por El Colegio de México en una versión de dos tomos y después, en su décimo aniversario, en una coedición con el Fondo de Cultura Económica, edición que necesitó una nueva reimpresión tan sólo dos años después.

Pero la aportación de Weckmann a la historiografía no se detuvo ahí, pues en julio de 1982 el historiador Charles Verlinden, en la presentación a esta obra, lanzó al aire la pregunta “¿Cuándo aparecerán otros volúmenes de la misma especie, relativos al Perú, al Brasil, a los Estados Unidos y al Canadá?” y fue recogida por el mismo Weckmann, quien, once años después, en 1993, publicó una vez más en el Fondo de Cultura *La herencia medieval del Brasil*, obra que, como su nombre bien lo indica, es de corte muy similar al de la que es objeto de este trabajo.

La herencia medieval de México

La aparición en el medio académico en 1984 de *La herencia medieval de México* de Luis Weckmann Muñoz no pasó inadvertida. Ese mismo año *Cuadernos Americanos* publicó dos reseñas al libro: una ex alumna y una colega cuyas se expresaron con un par de líneas blancas de distancia sobre el nuevo producto historiográfico. La primera, tras sustraer las ideas

principales del libro, enfatizaba la generosidad y cualidades de su maestro; la segunda, sin buscar ningún demérito a la ambiciosa propuesta, puntualizaba lo que consideró sus principales fallas. Así entraba de lleno al ámbito académico una obra de vida que veía la luz tras treinta años de gestación.

Varias son las aportaciones metodológicas que la investigación ofrece. En principio hay que destacar lo derivado del enfoque internacionista, y es que “de hecho, el derecho internacional, sobre todo el público, es historia”, afirma Weckmann.² No sobra apuntar que, aunque todas las reflexiones y pesquisas tengan a México como objeto final, la forma de abordarlo desborda las fronteras geográficas y nacionales. La comprensión de la herencia medieval mexicana lo remite, por obvias razones, a la historia medieval española, pero también al proceso de formación de los Estados y a las costumbres de la Europa central y nórdica, o a las relaciones con Portugal e Italia.

Si además observamos el abordaje desde el punto de vista histórico, la propuesta —y el resultado— son extremadamente ambiciosos. Veamos para empezar cuál es la estructura del libro: cuarenta capítulos agrupados de forma balanceada (10, 10, 7 y 13) en cuatro partes, a saber: Descubrimiento y conquista; La Iglesia; El Estado y la economía, así como La sociedad, el derecho y la cultura. El conjunto de todos los capítulos pretende abarcar todos los campos de la historia humana: la geografía, la guerra, la caza, los juegos, lo sobrenatural, las creencias, las devociones, las doctrinas y los ritos y liturgias. Las instituciones estatales y económicas, el comercio y los sistemas de medidas. El urbanismo, el derecho, la organización social, la educación, los libros, la poesía, el teatro, la danza, la música, la magia, la medicina, la astrología, la arquitectura, la pintura, la escultura y las artes suntuarias. En fin, Weckmann desea revisar cada aspecto de la realidad del periodo que decide estudiar, es decir, desde la Conquista hasta mediados del siglo diecisiete y sus vínculos con el mundo contemporáneo.

Aunque en la estructura general se comprenden todos los campos de la vida humana, el interés que subyace a lo largo del libro es el estudio de la mentalidad del hombre, sus creencias, sus motivaciones y formas de actuar. Esto resulta fascinante, pues aunque el pretexto es el estudio del hombre medieval, nos encontramos con cuestiones válidas para el hombre a secas. Detengámonos un momento en esto. Veamos por ejemplo lo que pasa cuando la mente se enfrenta a lo extraño, lo novedoso, situaciones esenciales del hombre y de la historia. De inmediato la mente vuela e indaga entre sus referentes. Citando a Américo Castro y a

² *Ibid.*, p. 358.

Fernández Armesto, nuestro autor define la historia como el juego entre cambio y continuidad, entre lo nuevo y lo viejo: “la historia es esencialmente novedad pues incluso lo inerte y viejo lleva incluida la novedad de ser sentido como tal” (p. 30). Este tipo de comparaciones cruzadas entre lo que los hombres traían consigo, el impacto con la realidad y su explicación con tintes medievales, ocupa una buena parte de las reflexiones de Weckmann y los ejemplos son numerosos.

A lo largo del libro se insiste en que los conquistadores venían con la intención de corroborar sus propias ideas e imágenes del nuevo mundo, y no —que sería lo opuesto— a afrontar una nueva realidad (p. 28). Nos encontramos con una reacción propia del hombre ante una situación totalmente ajena a lo que podía haber soñado: su primer impulso de acercamiento proviene necesariamente de algo concreto y conocido aunque la realidad sea algo inesperado. Luego, cuando lo ajeno se impone, el hombre no puede más que recurrir a sus viejas estructuras mentales para explicarlo: por eso nos encontramos crónicas en las que los españoles hablan de mezquitas (p. 117, 187 y 188) y aseguran haber visto animales fantásticos.

Ahora, si bien referirse a las mezquitas cuando se está ante un templo indio no puede más que entenderse de un conquistador español que trae en su mente la Reconquista de España ocupada por los moros, lo que entendemos es que el hombre necesita de referentes para explicar su presente, y más si éste de pronto se disloca y deja de tener coherencia. Estamos pues, ante un problema que no es privativo del hombre medieval ni del hombre contemporáneo sino del hombre en general: la necesidad humana de comprensión de la realidad nos lleva a buscar explicaciones aplicando los conocimientos y experiencias que se tengan a la mano en ese momento.

Otro caso interesante es constatar nuestra necesidad de referentes de lo grande y de lo pequeño. Weckmann nos cuenta que “Pedro Mártir registró [...] hechos sorprendentes que sobre la estatura de los indios le confiaron los conquistadores, incluso los de México, y afirmaba haber visto tibias y costillas gigantes —de hecho a partir [de él] el mito de los gigantes americanos rara vez estuvo ausente de la crónica de las Indias de los siglos XVI al XVIII—, algunos de ellos encontrados en la bóveda de un templo” (p. 67). Pareciera ser que la conciencia de nuestra existencia nos lleva a querer ubicarla en relación con nuestro entorno: ya sea, como hoy, en función de límites que por lo infinitamente extensos casi dejan de serlo (como el Cosmos o la física cuántica), ya sea, como en el medioevo y después en el Nuevo Mundo, en función de seres de tamaños anormales como los gigantes y los pigmeos.

Para Weckmann, el papel de las ideas y de las creencias de los hombres que llegaron a poblar territorio novohispano es fundamental: fueron el motor, el generador de cambios y de grandes empresas. Rescato tan sólo dos ejemplos para mostrarlo: por un lado, la búsqueda de la imaginaria isla Brazil —según una leyenda irlandesa, una isla rica en “palo de tinte rojo”— impulsó por más de tres siglos embarcaciones hacia América, y no fue sino hasta finales del siglo XIX que la búsqueda cesó (p. 39). ¿Cuántos hombres no emprendieron largos viajes creyendo firmemente que encontrarían tarde o temprano la famosa isla? Y por otro, las incansables exploraciones al norte del territorio novohispano rastreando pistas sobre el Cerro de la Plata y sus cuasi paradisiacas lagunas de azogue... (p. 56).

¿Importa, realmente, si existían o no la isla y la montaña? En caso de haberse encontrado tal vez sería una anécdota interesante. Esta creencia de aquellos hombres en lo que hoy llamamos mitos y leyendas es equiparable a lo que Ortega y Gasset refiere cuando habla sobre la fe en la razón que acompaña al hombre desde finales del siglo XVII y que hoy, a principios del siglo XXI, podría ser la creencia en la tecnología. Muy distintas han sido y serán las creencias en las que *estemos*,³ pero lo cierto es que nos llevan a actuar, a crear, a razonar..., a modificar nuestro entorno. Esto queda más que comprobado en *La herencia*.

Un regocijo a la curiosidad

Presentar el producto de toda investigación implica dificultades de distinta índole; una de ellas —no menor— es conseguir que el encanto inicial del lector no decaiga conforme pasan las hojas. Reto mayor cuando el fruto de la empresa son más de 600 páginas. Tal es el caso de *La herencia medieval*. Sin ánimos de alabanza, pero sí con todo el interés de reconocer uno de sus mayores méritos, puedo decir que la obra cumple de manera espléndida con dicho cometido. El escritor duranguense cultiva nuestra curiosidad como alguien que conoce y comparte la raíz del primer y más elemental gusto de todos los que nos hemos acercado (profesionalmente o no) a un libro de historia: saber algo del pasado y, más aún, conocer el origen de las cosas presentes.

La obra, de erudición indiscutible, es reconocida por el tratamiento cuidadoso, paciente y puntual de sus fuentes: la investigación, la recolección de materiales y el uso que les dio para sostener (como veremos

³ José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, 9a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1986, 209 p., capítulo I, p. 15-36.

más adelante el uso del verbo sostener no es casual) y ejemplificar su tesis es sorprendente. Cada página, cada párrafo, casi cada frase hace referencia a algún archivo madrileño, o a algún texto contemporáneo. Es palpable el trabajo que setenta páginas de una detallada lista de fuentes primarias, de fuentes secundarias y de obras modernas traen detrás. Hay estudios en francés, en inglés, incluso algunos en alemán; la búsqueda de Weckmann fue insaciable. Y si por un lado, como afirma Clara Bargellini, la lectura es “algunas veces pesada, cuando se vuelve casi una lista de ejemplos”,⁴ por otro —ella también lo considera así— cada nuevo detalle aparece como un descubrimiento y nuestro gusto por conocer no sólo no se sacia, sino se estimula.

Leer un libro, de historia o no, puede reducirse a disfrutar el conocimiento ofrecido en el texto. En *La herencia...* la profusión de citas no es obstáculo: la cadencia con la que son expuestos los ejemplos crea un clima de confianza, y muy pronto, el texto fluye sin necesidad de bajar la vista para corroborar dónde está el dato del que nos informa el autor. El tono del libro nos recuerda a un abuelo que a lo largo de su vida fue acumulando conocimientos y comparte con sus nietos cómo eran las cosas “cuando el mundo era más joven”, y nos envuelve en la evocación del origen de historias, anécdotas, detalles. Y es que, como nos dice el mismo Weckmann, “el hombre es, después de todo, el único animal dotado de memoria, y la historia [...] es la memoria escrita de todo lo realizado por el hombre”. Así, “aquella memoria permite a todo nuevo ser humano hallar en su cuna la experiencia acumulada de sus antepasados. Eso lo distingue del resto de los animales, que tienen que empezar de nuevo”.⁵ La lógica de la historia propuesta por Weckmann se asemeja entonces al sentido inicial del vocablo mito: es decir, cuentos reales que nos remontan al origen de los nombres, de las formas, que explican el orden del mundo y le otorgan al hombre un sentido dentro de él.

Por todo esto, si nos dejamos guiar por el viaje a la primera mitad de la colonia nuestra imaginación y curiosidad no descansan sino hasta mucho tiempo después.

Quisiera rescatar tan sólo una pequeñísima muestra de lo que nos ofrece Weckmann: resulta, por ejemplo, que desde su origen el vocablo “aguinaldo” fue tanpreciado como lo es ahora, pues significaba la gratificación de Año Nuevo dada —a partir del conde Fernán González de Castilla— por el soberano a sus cortesanos, o si no también la denominación de las misas de los nueve días previos a la Navidad (p. 467 y 209).

⁴ Clara Bargellini, “El raigambre medieval en la cultura mexicana”, *Cuadernos Americanos*, 1983, p. 149-157, p. 154.

⁵ Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores...*

El significado primitivo de la expresión “hacer alarde”, hoy sinónimo de ostentar, era el recuento de armas que hacían periódicamente los encomenderos (p. 96 y 97).

Sobre algunas costumbres nacionales:

partir la rosca [el día de Reyes] [...] deriva de una fiesta que existía por lo menos desde el siglo XIV en la corte de Navarra: los niños partían ese día un pastel que contenía una haba; a quien tocara en suerte ésta se le proclamaba jocosamente Rey de la Faba y recibía durante un año homenajes y regalos, así fuera del origen más humilde [p. 205].

Y aunque Weckmann no nos habla de nuestra costumbre de reunirnos a comer tamales el día de la Candelaria, sí nos informa que la celebración de la *purificación* puede tener origen moro y que “en todo caso, en la Europa central y nórdica constituía una de las dos grandes fiestas anuales de la religión precristiana de la fertilidad” (p. 205).

Curiosos al fin, los historiadores vemos recompensada una y otra vez nuestra pesquisa sobre el pasado mientras percibimos, también, el regocijo que esto le produce a Luis Weckmann.

La tesis, la argumentación/el axioma

Como decía hace un momento, el autor sostiene su tesis con una multiplicidad de documentos y referencias. Hago énfasis en que lo que nos presenta no es una demostración que implique opiniones encontradas, sino una amplia gama de ejemplos que, eso sí, como ya dijimos, cubren todo el espectro de la vida humana.

A partir del tratamiento que Weckmann le da a sus fuentes, de entrada algo salta a la vista: a pesar de la profusión de citas, ninguna refuta su planteamiento. Sin pretender hacer una comparación de la que resulte un juicio de valor, quisiera contraponerlo por un momento con el proceder de Edmundo O’Gorman para que, al mostrar una forma casi opuesta de trabajar, la de Weckmann quede más clara.

En *Destierro de sombras*, por ejemplo, nos encontramos ante una exposición que el historiador decimonónico Gustav Droysen podría haber calificado como “interrogativa —o investigante—”.⁶ Es decir que, al escribir, O’Gorman deja ver el amplio cuestionamiento al que son sometidos

⁶ Johan Gustav Droysen, *Histórica: lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, versión castellana de Ernesto Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot, Barcelona, Alfa, c. 1983, 390 p., p. 341-390.

dos sus documentos. Los critica, los ataca, los confronta de manera casi inquisitorial. Mientras O'Gorman hace explícito que los documentos son muchas veces "paupérrimas pruebas" que "pretenden demostrar"⁷ grandes hipótesis, la manera de actuar de Weckmann es diametralmente opuesta.

Con esto no descarto, en absoluto, la existencia de una crítica de fuentes llevada a cabo por nuestro autor, pero en el libro no la hace manifiesta. Por el contrario, sorprende la ausencia total de una opinión contraria a lo que busca mostrar. Siguiendo la propuesta de Droysen, podríamos decir que se acerca más a una exposición narrativa. Ésta consiste, como lo señala Sonia Corcuera, en

alineal hecho tras hecho, para que el devenir transcurra ante los ojos de su lector a la manera de una sucesión de actividades conectadas y comunicadas entre sí de manera selectiva. Proceso [...] [que] no está dado por la estructura misma de los hechos, sino en función de aquello que el narrador espera representar.⁸

La definición puede aplicarse siempre y cuando se considere el hecho de que Weckmann no narra propiamente una historia: no hay un inicio, un nudo, acontecimientos. La disposición de los resultados es sustancial para entender el proceder de Weckmann: mostrar ejemplos que respalden su tesis, y no confrontar las distintas tesis. La diferencia, para terminar con la comparación entre ambos autores, puede entenderse sencillamente si vemos que tanto la naturaleza como los objetivos de los planteamientos son distintos: mientras que O'Gorman desea discutir las posiciones sobre el origen del culto guadalupano y proponer una nueva hipótesis, el punto de partida del trabajo de Weckmann parece más bien un axioma. Me explico: si acordamos que un axioma es un "principio o sentencia tan claro que no necesita explicación" y preguntamos ¿acaso es posible llegar a la conclusión de que México no tiene ninguna herencia europea-española-medieval? Necesariamente la respuesta es negativa y nos lleva a entender que lo que busca Weckmann no es comprobar una hipótesis sino más bien que parte del axioma de una herencia medieval, y busca mostrar cuán abundantes son estos vínculos, sostener su planteamiento, documentar.

⁷ Edmundo O'Gorman, *Destierro de sombras: luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, 2a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, 306 p. (Serie Historia Novohispana, 36), p. 20.

⁸ Sonia Corcuera, *Voces y silencios en la historia, siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 423 p. (Sección Obras de Historia), p. 341.

México: un gajo de Occidente

Cuando leemos en el título del libro la palabra herencia forzosamente aparecen ante nosotros distintas imágenes e ideas asociadas entre sí: lazo, parentesco, vínculo. Todas nos conducen hacia un fragmento de la misma discusión: la identidad.

La carga peyorativa que por muchos años ha acompañado al término *medieval*, la afirmación que Weckmann presupone en el título y la reiteración anunciada desde el primer párrafo: “somos más medievales que buena parte de Occidente, y desde luego más que los propios españoles”, generalmente ha incomodado a los lectores de *La herencia*. Tal vez lo que molesta tiene que ver, como diría Octavio Paz, con nuestra imposibilidad de definirnos afirmando qué somos y no deslindándonos de lo que no: no somos indígenas, no somos españoles, ¿cómo va a ser que seamos medievales? Recordemos de cualquier forma que Weckmann optó por no entrar en polémicas nacionalistas. Sin embargo, una afirmación tan rotunda como que somos medievales retumba y no pasa de largo.

En un sentido puede tener razón. Consideremos que la identidad es en buena medida “*la opción sobre lo heredado y lo construido*”.⁹ Si realizamos *lo construido*, es decir lo que decidimos hacer con lo que está a nuestro alcance, veremos que la Nueva España se instituyó en parte desde los parámetros con los que contaban los españoles —es decir, los medievales— y entonces el resultado puede ser considerado como un legado medieval. Pero si enfatizamos *lo heredado* resulta absurdo dejar de lado lo indígena, y por lo tanto la afirmación debe matizarse.

Ahora, la opinión de Weckmann sobre la participación de los indios en la conquista y su integración a la nación mexicana no es para nada original. Veamos cómo alude al papel casi inmóvil del indígena: “el hecho de que la civilización mexicana no sea lo mismo que la española se debe al alto grado de resistencia del criollo, del mestizo y, sobre todo, del aborigen americano. El indio, con su enorme gama de valores propios, ha colaborado en forma a veces pasiva pero generalmente de manera positiva, a la formulación diaria de nuestra historia colonial” (p. 30). El uso de términos como “resistencia del criollo” o “pasiva colaboración” muestran al indio como un receptor o a lo mucho como una barrera cultural. En todo caso relega la posibilidad de pensar en el indio como un ente plenamente activo y propositivo en el proceso de conquista. Por ejemplo, en el caso del arte indígena, es usual interpretar los trazos del indio como una falta

⁹ Antonio García de León, *apud* Roger Bartra, *La sangre y la tinta: ensayos sobre la condición postmexicana*, México, Océano, 1999, 150 p., p. 35.

de comprensión o de familiarización de los parámetros occidentales; pero un análisis más detallado muestra que puede haber una decisión personal por rescatar los antiguos esquemas estéticos y no una dificultad para aprehender lo nuevo. Esta idea persiste hasta la actualidad y forma parte de la manera generalizada de concebir a una buena parte de los mexicanos: se les niega la posibilidad de ser copartícipes en la creación de una nueva cultura y no sólo receptores de la cultura dominante.

Otro aspecto interesante de *La herencia* es observar cómo para Weckmann ha sido visto —y vivido— el territorio mexicano en relación con el resto de Occidente. Constantemente recalca que tanto aquí como en el resto del Nuevo Mundo se pusieron en marcha modelos y prácticas medievales que en Europa estaban en desuso. Así, distintas instituciones como el cabildo tomaron un nuevo aire, “reverdecieron” (p. 65); otras resurgieron.

Ahora bien, la contundente insistencia de Weckmann en mostrar los vínculos con la cultura occidental me lleva a interpretar que uno de los principales objetivos de la obra es insertar a México en la historia mundial, relacionar su devenir con el del resto del mundo.

Weckmann lleva a cabo una cuidadosa exploración y logra recoger una infinidad de nexos que normalmente se consideran de origen local, y que de hecho nos unen a la Europa medieval. Recordemos sólo dos de los testimonios que nos regala el autor: El jarabe tapatío, considerado uno de los bailes nacionales, tiene como origen la seguidilla manchega del siglo XV que con el tiempo “adquirió un sentido más sensual y licencioso, siendo entonces llamada jarabe gitano. Con ese nombre pasó a la Nueva España [...] y sobrevivió para florecer extraordinariamente en el siglo XIX, principalmente en Michoacán y Jalisco” (p. 529). O la danza de las cintas, ejecutada por primera vez en Tlaxcala por iniciativa de los franciscanos, está relacionada con “la festividad pagana nórdica y centroeuropea del palo alto (1o. de mayo) relacionada con las cosechas de invierno” (p. 206).

El reiterado interés de Weckmann por subrayar la ascendencia, no sólo española sino europea de muchas de nuestras tradiciones, recuerda por momentos a fray Juan de Torquemada. Éste buscaba integrar el mundo indígena a la tradición judeo-cristiana afirmando, por ejemplo, que Santo Tomás era el apóstol perdido que se conoció en estas tierras como Quetzalcóatl. El mismo Weckmann nos dice, citando a Phelan, que “Torquemada describe la caída del imperio azteca en términos de una dialéctica medieval de la historia; ejemplo de ello es la toma de Tenochtitlan como una secuela obligada de la caída de las monarquías paganas de los caldeos, babilonios, griegos y romanos” (p. 485-486).

Al parecer, cuatro siglos después, de este lado del mundo seguimos peleando por un lugar respetable para nuestros países.

Hoy, cuando las fronteras aparentemente se diluyen, nadie puede negar que México pertenezca a la cultura occidental; sin embargo, sería bueno reflexionar sobre cuál es el sitio que queremos ocupar dentro del juego internacional.

Weckmann utiliza una imagen que me parece reveladora en la discusión sobre dicho lugar tanto de América Latina como de México específicamente: nos dice que desde los albores de su historia “el Nuevo Mundo se presenta como el teatro geográfico idóneo para realizar las grandes expectativas medievales”. Y añade “El viejo Mundo crea las ideas pero es el Nuevo el que las realiza” (p. 28).

Esta posición hace inevitable estar subordinados a la pieza que decidan montar los países europeos: y es que mientras querramos alcanzar al primer mundo estaremos condenados a ir a la zaga. Más aún, cuando de pronto el subdesarrollo es visto como el encanto especial de los países latinoamericanos. Quisiera traer a colación una cita del escritor Juan Villoro que, aunque un poco larga, ilustra perfectamente la actitud de muchos europeos en relación con México:

Esta lejanía hace que en el campo cultural [América Latina] satisfaga una curiosa necesidad del imaginario europeo: la utopía del atraso. Nada más sugerente en un mundo globalizado que una reservación donde se preservan costumbres remotas [...]. México semeja un *melting pot*, ya olvidado por las naciones que sólo conocen las etnias y las razas por los anuncios de Benetton.

Uno de los negocios más seguros del momento sería la construcción de un Disneylandia del rezago latino donde los visitantes conocieran dictadores, narcotraficantes, militantes de un partido que duró setenta y un años en el poder [...] niños que duermen en alcantarillas, adivinas que entran en trance para descubrir cuentas suizas del presidente. [...] Estamos ante un colonialismo de nuevo cuño, que no depende del dominio del espacio sino del tiempo [...]. Anclados, fijos en su identidad, nuestros países surten de antiguallas a un continente que se reserva para sí los usos de la modernidad y del futuro.¹⁰

Si consideramos que en la construcción de la identidad, ya sea de una persona, o de un país, influyen enormemente tanto la visión que se tiene de sí mismo como la que los demás le asignan, sería imperioso atender aquello que consideremos nuestro papel como un país que forma parte de un mundo globalizado. Y para esto, sin duda la lectura de Weckmann resulta enriquecedora.

¹⁰ Juan Villoro, *Efectos personales*, México, Era, 2000, 201 p., p. 91-92.

A manera de conclusión

Hay quienes piensan que los libros de historia están destinados a ser *superados* por nuevas interpretaciones ya que, a la luz de algún documento recién descubierto, lo escrito deja de ser novedoso y pasa sólo a formar parte de lo que tanto se ha dicho de la historia. Bajo esta visión, una investigación con las pretensiones abarcadoras que tiene la de Weckmann estaría sujeta a tales presiones, ya que muchos de sus ejemplos serían pronto refutados por estudios especializados. Sin embargo, *La herencia* está a salvo de ser considerada caduca, incluso por quienes piensan así, pues el autor se mueve con sorprendente agilidad por caminos que todos los interesados en el pasado estamos dispuestos a recorrer una y otra vez: aquellos que ejercitan nuestra pasión por conocer, que dejan explayar nuestra imaginación y que nos confirman una vez más nuestra vocación por el estudio de la historia.

El placer es doble para quienes consideramos estos libros como un hecho histórico más: ya que no sólo se muestran inagotables, pues son sujetos a nuevas interpretaciones, nuevas lecturas y nuevos lectores, sino que nuestro estudio nos permite compartir con otros escritores el inmenso placer de sumergirnos en el pasado.